

# DISCURSO

DE

## DON FRANCISCO JAREÑO DE ALARCON,

LEÍDO EN JUNTA PÚBLICA DE 6 DE OCTUBRE DE 1867.

### DE LA ARQUITECTURA POLICRÓMATA.

SEÑORES ACADÉMICOS: Si esta solemnidad tiene siempre alta importancia personal respecto de quien obtiene la honra de ser llamado á compartir vuestras nobles tareas, para ninguno ha podido ofrecer nunca tan elevado interés como para mí, dados los singulares antecedentes de mi vida y de mi carrera.

No logré yo la suerte de nacer de padres acaudalados en bienes de fortuna, aunque sí ricos en virtudes. Avezóme su ejemplo al trabajo; más deseando su amor librarme de las penalidades del que solía la existencia en la destreza de sus manos, consagróme á la carrera eclesiástica, que no sin contratiempos y fatigas, vi al cabo terminada en el Seminario de Murcia, entrado ya en los veinticuatro años.

Nadie dudaba de que, al recoger el fruto de tantos afanes y vigiliias, buscase en la Iglesia el premio legítimo de aquellos estudios: faltábame sin embargo la verdadera vocacion, que hace perfecto al sacerdote: en la inquietud que me agitaba, presentía y ambicionaba, como un bien más realizable para mí, la gloria de las artes; é iniciado por mi celoso padre en los rudimentos de la geometria y del dibujo lineal, sentíme al fin avasallado por el ardiente deseo de profesar el noble arte de la Arquitectura.

Vosotros, que sois artistas, comprendereis lo que significaba en

mi este deseo, que miraba como mi sueño de oro. Yo habia dado cima á una larga y difícil carrera, merced á la piadosa proteccion de inolvidables bienhechores: al lanzarme en la nueva liza, necesitaba excitar, no ya la benevolencia, sino la caridad de los que iban á ser mis maestros. Henchido el corazon de fé y la mente de esperanza, volé pues á Madrid; impetré con fiado el amparo de hombres sábios y generosos; recibí de sus manos colmada copia de bienes, y al crearse en 1845 la Escuela Especial de Arquitectura, pude ya ganar en la misma los tres primeros años, prosiguiendo con igual ahinco los estudios hasta alcanzar el premio de pensionado para el extranjero, con lo cual veía realizado mi dorado sueño del Seminario Conciliar de San Fulgencio de Murcia.

¡Quién de vosotros desconoce los sinsabores y las dolorosas pruebas, á que en todo aquel trabajoso período me ví sujeto? ¿Á quién de vosotros no debo repetidos beneficios? No quisiera ofender ahora vuestra modestia: vosotros me prodigásteis el bien en secreto; haciais una obra de caridad cristiana. Yo, sin embargo, que recojo á manos llenas la mies por vosotros sembrada, levanto aquí la voz del reconocimiento, para proclamarne vuestra doble hechura. Porque no solamente me favorecisteis con vuestra doctrina y vuestro consejo, antes y despues de entrar en la Escuela de Arquitectura, sino que, al terminar mi pension en el extranjero y residente aun en Roma, fui llamado por vuestro voto á desempeñar una plaza de Ayudante en la misma Escuela, y poco tiempo despues investido con el título de Profesor agregado, desde cuyo puesto subí por oposicion á la cátedra numeraria, que actualmente desempeño. Y como si lo que hicisteis conmigo en la esfera del profesorado os pareciese poco, atendiendo sin duda, más bien al generoso entusiasmo que me trajo al campo de las artes, que á mis cortos merecimientos, me abristeis con desusada benevolencia las puertas de este Santuario, dándome la ambicionada honra de apedillarme tambien aquí vuestro compañero.

Ya veis, Señores Académicos, cómo llegado el momento de comparecer ante vosotros, no es un simple placer oficial lo que debe po-

seerme. Todas las aspiraciones de mi vida, todos los votos formados, no en la inconscia niñez, sino cuando empieza ya á madurar el juicio del hombre, los veo en este solemne instante realizados. Á los honores y distinciones, con que el gobierno de S. M. se ha dignado premiar los servicios públicos, prestados como arquitecto de los ministerios de Fomento y de Hacienda, habeis añadido la corona por mi vivamente codiciada del título de individuo de número de esta Real Academia. He abrigado, desde que abracé la carrera, ardentísimo anhelo de alcanzarlo; permitidme que os manifieste aquí las honradas dudas de haberlo merecido.

No traigo ante vosotros un nombre ilustrado por la publicacion de obras, que diluciden las teorías del arte y esclarezcan su historia: no puedo tampoco ofrecer os raro talento ni copiosos raudales de elocuencia, para cautivar vuestro docta atencion en las difíciles discusiones, á que os llama de continuo el instituto de esta Real Academia. Grande amor al arte, acreditada laboriosidad é infatigable constancia, son las únicas dotes de que me es dado hacer modesto alarde, lisonjeándome la creencia de que á ellas solo es debido el galardón, que recibo de vuestras manos.

El amor al arte me ha inspirado, no obstante, el estudio de su historia: fruto de mi genial laboriosidad han sido algunas investigaciones que no carecen, en mi sentir, de interés en la misma; la constancia me ha infundido aliento para perseverar ya en el exámen comparativo de los monumentos, ya en la menuda quilatacion de los accidentes característicos que en cada edad los distinguen. Permitidme, Señores, que acudiendo al pequeño arsenal de estudios é investigaciones, formado durante mi permanencia en el extranjero por mi amor al arte, mi laboriosidad y mi constancia, ose someter á vuestra consideracion, escudado en vuestra indulgencia, un punto artistico-arqueológico, importante en la historia de la arquitectura, y objeto há poco de interesantes y profundas controversias entre los más renombrados artistas y anticuarios. Me refiero á la *aplicacion de los colores á la arquitectura griega*; y trás demostraros esta tésis respecto de la antigüedad clásica, no parecerá impertinente ni aje-

no de este sitio, el añadir algunas reflexiones sobre *el uso que puede hacerse de aquella singular pintura en los tiempos modernos.*

## I.

Ocioso y por exceso inoportuno sería el bosquejar ahora el magnífico y bellísimo cuadro, que ofrece á la contemplacion del filósofo, del historiador y del artista, la arquitectura griega en su varia manifestacion y prodigioso desenvolvimiento. Admiracion y encanto de todos los hombres doctos, modelo de buen gusto y tipo constante de belleza para todos los artistas que aciertan á estudiar sus monumentos, ninguno de vosotros, que sois los padres del arte y de la ciencia monumental, há menester que yo le ponga delante, en desaliñados y pobres rasguños, lo que tan perfectamente conoce. Séame, sin embargo, permitido observar, como fundamento de mi tesis, que esa misma grandeza y magnificencia, esa celebrada belleza reconocida universalmente en la Arquitectura griega, recibian mayor pompa y esplendor de la *pintura policrómata*, siendo en verdad harto sorprendente que ni en los dias del *Renacimiento*, ni en siglos posteriores se haya sospechado siquiera la existencia de esa pintura, estudio reservado á los últimos tiempos.

Y sin embargo, la demostracion del hecho que sirve de base á la exposicion de aquel sistema artistico, reconocia dos fuentes dignas ambas de la atencion y del respeto de los arqueólogos. Tales eran: el testimonio autorizado de los autores coetáneos, y el más fehaciente aún de los mismos monumentos.

Examinados con este propósito los escritores de la antigüedad clásica, y fijándonos más principalmente en Pausanias, Plinio y Vitruvio, no era posible desconocer que estos celosos investigadores habian recogido y descrito de una manera especial é indubitable cuanto atesoraba la literatura científica de los antiguos sobre la pintura usada por griegos y romanos. Existia entre estas preciosas no-

ciones generales la terminante declaracion de que los más celebrados templos de Grecia resplandecian, tanto por la grandeza y majestad de sus construcciones, como por el brillo de las pinturas que los decoraban. Pero ya porque se conceptuaron estas pinturas de igual condicion y carácter que las murales ó parietarias, halladas en Pompeya y Herculano, ya porque fueran los referidos textos insuficientes á explicar la indole y naturaleza, así como los procedimientos técnicos de la pintura aplicada á los monumentos, ni arrojaron por sí luz necesaria para ilustrar la historia del arte en punto de tal importancia, ni sirvieron tampoco de guía á los eruditos, para salvar el espacio que los separa de la antigüedad en el conocimiento de aquella ornamentacion peregrina.

Cierto es que durante el siglo XVIII, y especialmente en su segunda mitad, partiendo del testimonio de los expresados escritores, ensayaron los eruditos y los artistas de toda Europa útiles investigaciones sobre la pintura de los griegos; pero todos sus esfuerzos no pasaron de reconocer los procedimientos del *encausto*, tarea que si abrió realmente el camino para apreciar los medios prácticos del uso de la cera con la aplicacion del fuego, no condujo siquiera á la iniciacion del estudio de la *arquitectura polierómata*.

Oponiase en verdad á este resultado la general creencia, elevada en cierto modo á principio estético, de que la belleza de la arquitectura y de la estatuaria griega estaba únicamente circunscrita á la forma, desechando todo otro ornamento, como impertinente y apostizo. Dado este principio en una edad de intolerancia y de exclusivismo, claro es y evidente que hubiera sido estéril, provocando el general menosprecio, toda investigacion encaminada á un fin reprobado á *priori* por los que se preciaban de doctos, y que todo monumento que contradijera tan arbitrario cánon artistico, debia ser irremisiblemente calificado de *bárbaro*.

Fué, pues, por tal estilo de todo punto frustráneo el testimonio de los autores de la antigüedad clásica en el estudio de aquella parte de la arquitectura griega, cuando más parecia prometerse la erudicion de su prolijo y fecundo exámen. Cegada así la primera fuente

de investigacion, sólo podia esperarse la ilustracion de punto tan importante en la historia del arte antiguo, del estudio detenido, inteligente é imparcial de los monumentos; y esta gloria, si tal puede llamarse, estaba reservada á la presente centuria; pero no sin contradicciones ni largas controversias, de las cuales debia brotar más pura y resplandeciente la verdad de los hechos.

Há poco más de cuarenta años que dió el primer paso en este linaje de investigaciones, por lo que respecta á la estatuaria, el celebrado Quatremère de Quincy en su *Júpiter Olímpico*: siguiéronle en breve otros insignes arqueólogos en órden á la *Arquitectura*, y el exámen concienzudo y pacientísimo de las ruinas de los templos, debidos á la civilizacion helénica, demostró luego que no eran letra muerta los textos griegos y latinos. Alcanzó al fin la honra de iniciar un sistema completo sobre la *Arquitectura policrómata* el erudito arquitecto Mr. Hittorff, fundándolo en el estudio de los monumentos de Sicilia, de la Magna-Grecia y de la Etruria, y comprobándolo con el de las gloriosas ruinas del Ática. Para este afortunado investigador no fué ya la pintura en aquellos renombrados edificios un extraño accidente: Hittorff concluyó asegurando, en vista de largas y fundamentales tareas, que la *Arquitectura griega habia sido siempre policrómata*.

Lo que un siglo antes hubiera producido universal escándalo, hallaba ahora en los principales centros artisticos, decididos defensores é inteligentes partidarios; á la afirmacion de Hittorff respondia en Alemania el laborioso anhelo del perspicaz Semper, quien fijando exclusivamente sus miradas en el suelo de Atenas, afirmaba rotundamente que habian sido pintados de colores todos los monumentos del tiempo de Pericles.

Várió, fué, en verdad, el efecto que produjeron en el campo de las artes y de la arqueologia monumental tan autorizadas declaraciones. Cerraron sus oidos á la novedad, que reputaron quimérica ficcion, los que se pagaban de poseer los secretos y perfecciones del arte clásico; negaron la posibilidad de la no sospechada teoria, suponiendo que los restos de pintura encontrados por Hittorff y Sem-

per en los monumentos griegos eran inequívocos vestigios de bárbarie, los que, considerándose más eruditos, los atribuyeron ya á los árabes, ya á los normandos, ya á los españoles, sucesivos dominadores de la antigua Trinacria. Pero mientras se iba tan adelante en el camino de la contradicción que no faltaron desabridos censores, para quienes era despreciable impostura, artistas de tanta autoridad como el Baron Guerin, Director de la Academia de Francia, y el caballero Thorwaldssen, que alcanzaba á la sazón la palma de la estatuaria, excitaron el ilustrado celo de Hittorff, para que auxiliado por el renombrado Zanth, entendido arquitecto alemán, llevase á cabo el anunciado proyecto de restaurar en diseño, con toda exactitud, alguno de los templos por él estudiados en Sicilia, exponiendo al par científicamente la teoría en que se fundaba.

Verificados los trabajos en la forma apetecida, y presentados al Instituto de Francia, no sin que se diesen á luz en los *Anales de la Correspondencia arqueológica* y se mostraran los diseños en la exposición pública de 1832, parecia ser completo y decisivo el éxito de los mismos, allegados á la opinion de Hittorff tan doctos arquitectos como Mr. Percier, cuando del seno mismo de sus ayudadores nació la más vigorosa contradicción que habian hasta entonces experimentado sus tareas. Era en efecto Mr. Raoul Rochette, renombrado arqueólogo, uno de los más ardientes partidarios que habia tenido en Francia la *arquitectura policrómata*; ya desde la cátedra, ya desde la prensa habia expuesto con extremado calor el sistema deducido por Hittorff del estudio de los monumentos de Sicilia. De pronto, abandonando la causa que paladinamente defendia, declarábase su propugnador acérrimo; pero mientras salia en Francia á la palestra, para contradecirle, el erudito Letrone, daba á luz en Alemania el concienzudo Mr. Kugler notabilísimo trabajo, que venia á confirmar la teoría de Hittorff, y publicaba el diligente Semper sus *Observaciones preliminares sobre la arquitectura y la escultura pintadas entre los antiguos* (1854).

Al peso de estos trabajos, inspirados por el celo de la verdad y fundados en el más escrupuloso análisis, flaquearon sin duda las

impugnaciones del tornadizo Raoul Rochette, no siendo por cierto de poco efecto en el palenque de la discusion la docta intervencion del Instituto Británico, que acudió, movido de científico espíritu, á tomar parte en la contienda. Corria ya el año de 1856, cuando nombrada al efecto competente Comision de su seno, reconoció ésta los mármoles traídos de Grecia por el ilustrado Lord Elgin, los cuales procedian principalmente de los templos de Minerva-Polias, de Pandros, y de Erectheo. Celebradas varias sesiones en que se tuvieron presentes muy eruditas cartas del infatigable investigador Mr. Bracebridge, á que acompañaban diseños polierómata, sacados de los precitados templos, reconocióse al cabo que el sistema anunciado por Hittorff y Semper, era digno de todo respeto y ofrecia todas las probabilidades de ser científicamente histórico (1856-1857).

Francia, Alemania, Inglaterra habian contribuido á ilustrar, por medio de la discusion y del exámen de los monumentos, la historia de la arquitectura griega, poniendo fuera de toda duda que habia sido *polierómata* en los tiempos de su mayor grandeza, y así en el suelo del Ática como en la Sicilia y Magna-Grecia. Restaba sólo, trás de las disertaciones y ensayos dados á luz durante aquellas controversias, recoger en una obra fundamental toda la doctrina deducida del estudio de los monumentos, para que fuese universalmente aceptada; y este meritorio trabajo fué acometido y llevado á cabo por el perseverante Hittorff, tomando por asunto la *Restoracion del templo de Empedocles en Selinunta* (1851).—El docto arquitecto no explica sin embargo su teoría, sin exponer antes el proceso de las contradicciones, á que se habia visto sujeto por el largo espacio de treinta años; y sin rendir el tributo de su gratitud á los esclarecidos varones, que le habian alentado y defendido en tan gloriosa contienda.

Hé aquí, Señores Académicos, como de la fuente viva y copiosísima de la observacion de los monumentos y ruinas del arte griego, nació y llegó á tomar entera fuerza y validez el conocimiento de la *arquitectura polierómata*.—Consentid ahora que, recordando alguna parte de mis propios estudios é investigaciones, os exponga aquí el procedimiento y los medios de arte empleados en la pintura de aque-

llas construcciones, no sin que juzgue lícito apuntar desde luego que más de una vez se apartan mis observaciones personales de las consignadas por los afortunados artistas y arqueólogos arriba citados.

## II.

Al estudiar la historia de la Arquitectura helénica, se han fijado principalmente las miradas de artistas y arqueólogos en el suelo de las dos Sicilias.—Aquellas afortunadas comarcas, tan celebradas en el antiguo mundo, atesoraron en efecto notabilísimas fábricas de las más apartadas edades del arte griego, cuyas grandiosas ruinas son ahora admiración y lástima de los viajeros entendidos. Desde los primitivos *edículos* de Selinunta, que se remontan á la Olimpiada xxxvii, hasta el magnífico *templo de Júpiter* en Agrigento, fruto de la más floreciente era de la civilización que immortalizan Homero y Platon, Phidias y Pisistrato, todos los momentos de sucesivo desarrollo en la vida del arte alcanzan allí representación legítima. Ni falta tampoco á la riqueza monumental de aquellas pintorescas regiones, al lado de los monumentos pelásgicos, la grandeza y magestad de las construcciones romanas, que aspiran á emular la belleza ática con la soberbia de sus moles.

Dominado del amor al arte, que me había traído entre vosotros, sentíme animado, al pisar el suelo de Italia, del invencible anhelo de estudiar los monumentos de Sicilia. Palermo me ofrecía ya en su renombrado Museo arqueológico los restos más interesantes descubiertos en las antiguas ruinas de Segesta, Agrigento y Selinunta. Custodiábanse allí, al lado de bellos y grandiosos capiteles, gallardos frisos y otros preciosos fragmentos, curiosísimos sepulcros de piedra y barro cocido, hallados en las excavaciones de las dos últimas ciudades; y la rara circunstancia de aparecer unos y otros revestidos de colores, en que sobre fondos amarillos brillaban fajas de rojo, azul y blanco armónicamente combinadas, despertó so-

bre manera mi atencion, impulsándome á más detenido estudio.

Debía yo á los dignos profesores de la Escuela Superior de Arquitectura <sup>1</sup> las primeras nociones de la *polierómata*, habiéndome ejercitado bajo su direccion en la copia de algunos miembros arquitectónicos pintados de colores, tales como tejas, acroteras, coronamientos de templos, entablamentos, etc. Excitada de nuevo mi curiosidad con la contemplacion de aquellas inextimables reliquias del arte griego, decidíme á completar en las mismas ruinas de Selinunta, Agrigento y Segesta el iniciado estudio, dirigiéndome, no sin temor y veneracion, á aquellos consagrados lugares. Trece meses ocupé, Señores Académicos, luchando con no escasas fatigas y penalidades, en medir, diseñar y examinar con extremada prolijidad todos los templos, teatros, tumbas, sepulcros y construcciones, que aún se ofrecen por ventura en aquellas despedazadas ruinas. Ambicionaba conocer fundamentalmente el sistema empleado por los artistas helénicos en la construccion y decoracion de sus monumentos, inclusa en la última la *pintura polierómata*, y todo desvelo, todo sacrificio me parecia insignificante, con tal que contribuyese al logro de esta idea.

Formada ya, cual fruto de aquellos trabajos, una opinion, en mi concepto aceptable, asaltóme el pensamiento de restaurar uno de aquellos templos por mí estudiados, y la magnificencia y celebridad del de *Hércules en Agrigento* me decidieron á darle preferencia. Animábame además la posibilidad de la empresa: á los restos existentes de dicho templo, á los estimables fragmentos del mismo, que atesora el Museo de Palermo, podía yo unir lo que en repetidas excavaciones, á mi costa practicadas, se habian descubierto. Abrigué al fin el convencimiento de que poseía las nociones y datos necesarios para emprender dicha restauracion con la esperanza del acierto, y llevéla en efecto á cabo con mayor fortuna que imaginaba.

<sup>1</sup> Fueron estos el malogrado D. Antonio Zabaleta y D. Anibal Alvarez, cuyos nombres pronuncio siempre con el mayor respeto. Debí tambien útiles advertencias al distinguido Arquitecto D. Domingo de la Fuente, á quien como al citado Zabaleta, lloran las artes españolas.

Mis trabajos sobre el *Templo de Hércules* abrazaron igualmente todas las cuestiones de construccion y ornamentacion, que demandaba estudio semejante. Entre ellas figuró necesariamente la que se refería á la *pintura policrómata*, punto á que consagré largas tareas, ya procurando apoderarme del procedimiento artistico é industrial al efecto empleado, ya aspirando á determinar las causas que movieron á los griegos á revestir de colores sus más celebradas construcciones.

Distintas y aún contradictorias habian sido en verdad las hipótesis hasta entonces sustentadas, respecto de las razones que los impulsaron á adoptar aquel sistema. Era para los que hicieron en Grecia tal estudio, necesidad absoluta de la construccion, dada la imposibilidad de distinguirse los detalles en edificios de mármol blanco, cuyo brillo hiere por extremo la vista recientemente labrado, é impide por tanto la contemplacion de la belleza. Atribuianlo los que en Sicilia observaron los monumentos, al uso en los mismos de una piedra calcárea, concoide y porosa, susceptible de fácil descomposicion y necesitada por tanto de duradero revoco. Unos y otros, tomando por base el material de construccion y ateniéndose simplemente al efecto externo, olvidáronse de la razon estética; y perdiendo de vista la significacion é importancia de los colores, no alcanzaron á discernir su valor simbólico.

No me atreveré yo á afirmar por cierto que en todos los monumentos helénicos logre igual representacion la *pintura policrómata*; pero es indudable que la mayor parte de los templos de Grecia y de Sicilia ofrecen en este sentido extremado interés á los intérpretes de la teogonia hesiódica, y más seguro todavía que entre la advocacion especial del templo, sus formas generales y su ornamentacion pictórica, existe estrecha relacion y perfecta armonía, constituyendo así la más alta unidad de la creacion artistica.

Dada esta superior consideracion, comprobada por mi así en la restauracion del *Templo de Hércules en Agrigento*, ya referida, como en otras construcciones análogas de Selinunta y de Segesta, parece hasta la evidencia demostrado, que no á la naturaleza de los mate-

riales, sino á una ley más alta de la religion y del arte, debió el ser pintada la Arquitectura de los griegos, proviniendo sin duda de aquí la semejanza de medios empleados para lograr este propósito. Porque debe repararse que, ya nos dirijamos al Ática con Bracebridge, Dufoury, Dodwell y otros señalados arqueólogos, ya nos atengamos á las dos Sicilias, utilizando nuestras propias observaciones, en todas partes hallamos el mismo sistema general, dadas las accidentales diferencias exigidas por la localidad y por las condiciones características de los materiales.

Á tres pueden reducirse en efecto los procedimientos constantemente empleados en la aplicacion de los colores á los monumentos helénicos, conforme á la índole ya indicada de las construcciones. Cuando eran éstas de piedra calcárea y porosa, cubriábase, hasta formar una superficie apta para recibir la pintura, de un estuco blanco ó de color de paja: cuando se componian de piedra, cuyo grano era más fino, disponiábase el estuco, siempre de los indicados colores, en capas muy delgadas, bien que suficientes en todo caso para producir el mismo efecto; y cuando eran, por último, las fábricas arquitectónicas de mármoles blancos, tan abundantes en Grecia, aplicábase la pintura inmediatamente sobre ellos, dada ya en la labra de la piedra la preparacion conveniente.

Dispuestos en tal manera los miembros arquitectónicos, á que debia aplicarse la pintura, cúmpleme observar que brillaba ésta sobre todo en las partes más nobles del monumento. Columnas, capiteles, frisos y entablamentos, frontones, remates, y aun cubiertas, se sometian á aquel linage de ornamentacion, constituyendo á veces diferentes zonas, ya verticales, ya horizontales, por medio del tono especial que á cada parte correspondia. Era en efecto el tono local de columnas y muros habitualmente dorado claro: resplandecian siempre las metopas por un fondo rojo harto subido; destacaban los triglifos por el vivo azul que llenaba su superficie; y enriquecía, finalmente, las molduras de entablamento y coronacion, extremada variedad de colores, subordinándose á esta disposicion general de los miembros principales los tonos menores, por decirlo así, de todo

el edificio. No de otra suerte aspiraron los artistas helénicos á dar riqueza y magnificencia á sus creaciones arquitectónicas, llevándoles el sentimiento de la belleza, que en tan alto grado poseian, á armonizar en grandioso y sorprendente conjunto tan variados elementos.

Mucho se ha discurrido para determinar la forma en que los colores en que tan maravilloso efecto producian, eran impuestos en la construccion arquitectónica. Casi todos los arqueólogos convienen sin embargo en que esta aplicacion se hizo casi siempre *al fresco*; esto es, cuando el revoco, sobre que la pintura asentaba, permanecia aun húmedo. Dado este primer supuesto, á todas luces admisible, y teniendo en cuenta las huellas que revelan sobre el estuco el contorno de los objetos, no pareció aventurado añadir que fué aquel trazado con la punta de un estilo ó buril por la mano hábil del artista; hipótesis generalmente recibida, si bien no tan decisiva y segura que no consienta racionales observaciones. Porque admitido el hecho constante de haber pintado sus monumentos desde la antigüedad más remota los artistas helénicos; reconocidos los caracteres generales de la *ornamentacion policrómata*, que se subordinaba habitualmente á tipos en cierta manera consagrados por la religion y por el gusto, y considerando, por último, que aun despues de la decadencia del grande arte griego, prosigue empleándose en las construcciones debidas á aquel pueblo la ornamentacion referida, natural y lógico parece que aquella no interrumpida tradicion artistico-religiosa se valiese de medios fáciles y sencillos para perpetuarse con fidelidad y en pró de la belleza. Mis repetidas observaciones sobre los monumentos de ambas Sicilias me han inclinado en efecto á creer que el contorno de los objetos que constituyen la decoracion de colores, si pudo alguna vez ser debido á la mano inteligente del artista, fué las más resultado de la aplicacion de cómodas y exactas plantillas, cuya posesion y uso eran trasmitidos de unas en otras generaciones.

Quisiera, Señores Académicos, disponer de espacio suficiente para exponeros aquí otras menudas observaciones, que respecto del

procedimiento técnico de la *decoracion policrómata* he recogido en mis estudios sobre los monumentos griegos. La Escuela Superior de Arquitectura posee en su selecta coleccion de objetos de arte algunos fragmentos traídos por mí á España, y pertenecientes todos al *Templo de Hércules en Agrigento*. Consiste en una *acrotera*, una *gota* de la cornisa, un trozo de *columna*, otro de un *triglofo*, otro de un *capitel*, varios del *estucado* del pórtico y otros detalles no ménos curiosos é interesantes. Su exámen confirma de una manera concluyente, no sólo el sistema general sobre la aplicacion de los colores á la arquitectura helénica, sino tambien las procedimientos indicados respecto de la ejecucion de aquella peregrina pintura, ofreciéndonos datos suficientes para rectificar, en la forma que dejó manifestado, algunas opiniones de los más doctos arqueólogos.

Como habreis sin duda advertido, al tratar de la *arquitectura policrómata entre los griegos*, he considerado aquella pintura única y exclusivamente como *decoracion arquitectónica*. Ni pudiera haber procedido de otro modo para dar la conveniente unidad á este desaliñado discurso. La presencia de la pintura histórica en los muros de las construcciones griegas no me era desconocida: sabia, por testimonio de muy entendidos arqueólogos y por mis propios estudios, que el uso de las representaciones míticas y heroicas fué general en templos y pórticos, bastando para comprobarlo el recuerdo de los de Atenas, Olimpia y Délfos, donde apuraron Polygnoto, Euphanor y Micon todo su ingenio, para exponer á la admiracion del pueblo las inmortales hazañas de los héroes y semidioses. No desconocia que Protógenes y Olbiades habian ennoblecido las *curias* con las imágenes de los más respetados legisladores; y me era por último familiar la nocion histórica de que teatros, odeones, gímnasios, propyleos, palacios, casas y sepulcros eran con frecuencia más estimados por la fama de sus pinturas murales, que por la riqueza de los mármoles que los decoraban.

Pero si debe ser considerada como natural complemento de la arquitectura y de la estatuaria policrómata, pide de suyo la pintura mural muy especial consideracion, como que alcanza en la historia

del arte, bajo muy diferentes relaciones, alta significacion y no ménos importancia. Ni se olvide, Señores, que aun presupuesta la analogía del asunto, limité desde luego mi intento á la *aplicacion de los colores á la arquitectura griega*, y que seria en mi pueril intemperancia el traspasar, fuera de sazón, estos racionales linderos.

Acabo de exponer á vuestra ilustrada consideracion, reseñadas ya las controversias sobre el descubrimiento de la ornamentacion *polícromata*, las observaciones, que sobre el procedimiento técnico de su aplicacion me han sugerido el exámen de los arqueólogos y el estudio práctico de los monumentos sicilianos. Lícito conceptúo el fijar ahora la vista, si bien por breves momentos, en el uso que puede hacerse de aquella singular pintura en los tiempos modernos; y para ello espero, confiado en vuestra probada benevolencia, que no me negareis la atencion, que hasta ahora me habeis concedido.

### III.

Meditando sobre el carácter de la Arquitectura de nuestros dias, no es difícil reconocer que, merced al movimiento histórico de los espíritus no há muchos años iniciado, carece el arte de un pensamiento capital que lo fecunde, dirigiendo á una sola meta los unánimes esfuerzos de sus cultivadores. Prendados estos al propio tiempo de todas las bellezas que revelan los monumentos de las pasadas edades, no disimulan el anhelo de poseerlas y reproducirlas; y mientras, en virtud de sus fuerzas creadoras, aspiran al ambicionado galardón de la originalidad, parecen renunciar por aquel sendero á sus más legítimos y sazonados frutos. Presentida de todos y generalmente confesada la necesidad de una rehabilitacion histórica, que eslabone en la vida del arte lo pasado y lo presente, dominan todavia la vacilacion y la duda á las más claras inteligencias; y el múltiple deseo que las agita, falta, como última pero inevitable consecuencia, un tipo universal, que vivificando en todas partes la inspi-

racion y el gusto, infunda adecuado y propio carácter á las producciones arquitectónicas.

En medio de esta incertidumbre, que corresponde en las esferas artísticas al vario y contradictorio movimiento de las letras y de la filosofía, y cuando los ensayos se multiplican sin trégua, buscando en las épocas más florecientes del arte motivos y ejemplos que adoptar, ya respecto del fin útil, ya respecto del fin estético, no podia parecer maravilla el que los artistas eruditos volviesen la vista á la *arquitectura policrómata*, para reconocer si habia en ella algunos elementos realmente adaptables á las construcciones modernas. Trás doctas disquisiciones, honrosas en extremo para la arqueología monumental, se ha concluido por los más discretos que sobre ser la pintura, aplicada á la construccion, un embellecimiento propiamente artístico, ofrecia la inestimable ventaja de ser un medio eficaz de conservacion para los edificios.

Pero ¿hasta qué punto debe reinar esta decoracion en las obras de nuestros dias? Cuando, animados de espíritu filosófico, meditamos en las grandes modificaciones y aun en las trasformaciones casi totales que ha producido, tanto en la construccion como en la decoracion arquitectónica, la aplicacion sucesiva de los materiales, no es difícil deducir que, aun independientemente de la religion y de las costumbres, puede el arte recibir nuevos cambios, que reconozcan análogo origen. La piedra, el ladrillo, el estuco, el tapial, el yeso, el vidrio y la madera, elementos de construccion fueron todos que alterando en multiplicados conceptos las formas artísticas, comunicaron á las obras monumentales especial fisonomía, hasta constituir en la historia del arte diversas y muy calificadas manifestaciones. Domina en la edad que alcanzamos, y ha producido ya portentosas construcciones, la aplicacion del hierro. ¿Quién podrá dudar de que, generalizándose este elemento de construccion, experimenten un cambio radical, acaso más completo que otro alguno de los que hasta ahora registra la historia, las formas arquitectónicas? Y dado este racional supuesto, ¿quién podrá fijar, en uno ú otro sentido, la extension que habrá de recibir en las nuevas fábricas la *decoracion pictórica*?

A la verdad sí, como todo parece persuadirlo, adquiere el hierro cierta preferencia sobre los demás materiales de construcción, habrán de cambiar en consecuencia, así las dimensiones totales de edificio en tal forma erigido, como las proporciones de sus miembros decorativos: crecerán, sin duda, los vanos y entrepaños; desaparecerán los muros de sustentación; se alterarán los módulos de columnas y pilastras, para dar mayor elevación á los cuerpos arquitectónicos, y, en una palabra, todo obedecerá al movimiento general, cobrando los edificios nuevo y desusado aspecto. La naturaleza misma del material hará en tal caso inevitable el uso de los colores; y cualquiera que sea la bandera bajo que el artista se haya afiliado, se someterá indefectiblemente á aquella ley común, como necesidad suprema del arte.

Pero ¿podrá acaso operarse tan peregrina transformación en todas las esferas en que éste logra su desenvolvimiento? Yo creo, Señores, que si no es dable rechazar la hipótesis que acabo de exponeros, admitida la aplicación del hierro en la forma indicada, tampoco es dudoso que no alcanzará el referido predominio, fuera de ciertas construcciones civiles, perpetuándose en todas las religiosas el uso de los materiales hasta ahora empleados. Ni la majestuosa severidad de la idea católica, ni las prescripciones especiales del culto podrán, en mi concepto, consentir que en los templos cristianos impere la aplicación del hierro, por más que no sea prudente el desecharlo del todo en determinadas partes de aquellas construcciones. No es por cierto de esperar, por lo que respecta á la Iglesia, que rompiendo toda tradición, abandone en un solo día los tipos de belleza há largos siglos adoptados, ni parece por igual concepto racional que proscriba, como habria de suceder, triunfando la aplicación del hierro, la significación simbólica que entrañan en su concepción total y en su distribución armónica las santas moradas del Dios Único.

Y la prueba más eficaz de esta observación que yo pudiera presentaros, la ofrecen hoy las naciones más civilizadas de Europa. Francia, Alemania é Inglaterra restauran con solícito afán é inusita-

da magnificencia los templos de la Edad-Media; pero al propio tiempo que aseguran para la posteridad estas maravillas del arte, levantan numerosas construcciones religiosas. En estas resplandece el anhelo de reproducir las bellezas por aquellas atesoradas, rehabilitando en cierto modo la tradicion interrumpida por el *Renacimiento*. ¿Sería posible, ni racional siquiera, que aspirando al precitado fin, se olvidaran los medios de construccion empleados en aquellas respetadas fábricas? Esto sería vivir en el absurdo; y los artistas de Alemania, Francia é Inglaterra, que tales obras realizan, se hallan muy lejos de merecer inculpacion semejante.

Es, pues, evidente que aun dadas la aplicacion y preponderancia del hierro en la arquitectura civil de nuestros dias, proseguirá la religiosa empleando los materiales á que pudiéramos dar nombre de históricos; debiendo en consecuencia ser considerada la decoracion pictórica, objeto de este discurso, bajo dos diferentes aspectos: 1.º Con relacion á las construcciones de piedra, ladrillo, etc.: 2.º Con relacion á las construcciones de hierro.

Han convenido los más doctos arqueólogos respecto del primer punto, en que sería tan discreto el aplicar indistintamente los colores á todos los edificios modernos, como el proscribirlos sin consejo, por temor de un ciego abuso, engendrado por el inconsiderado anhelo de la imitacion clásica. Yo juzgo, sin embargo, Señores Académicos, que la decoracion de colores debe tener siempre por norma y medida la índole especial y carácter del monumento á que se aplica; principio que, derivándose de la unidad estética de la creacion artistica, basta sin duda á resolver toda cuestion secundaria, sustituyendo la representacion simbólica de la antigua *pintura policrómata*. Ajustándose á esta ley, desaparecerá en todo caso el peligro de un reprehensible abuso, y cobrará la *ornamentacion pictórica* entera legitimidad, hermanándose estrechamente, en su sobriedad ó riqueza, con las construcciones en que brille.

No á otros cánones será hacedero sujetarla respecto de su relacion con la fábrica arquitectónica, bajo el primer concepto indicado. El artista que concibe y realiza un edificio, no puede ménos de con-

cebirlo íntegro y uno, y como tal perfectamente armónico: cuanto en él existe se halla, pues, subordinado á esta condicion suprema, á la cual no debe en modo alguno hurtarse la *ornamentacion policrómata*.

Admitida la conveniencia de su aplicacion, háse fluctuado en extremo sobre los medios materiales de realizarla. El *encausto*, el *fresco*, el *óleo* y el *esmalte* son los procedimientos que mayor estima han alcanzado en los repetidos ensayos verificados en nuestros dias, si bien no todos han ofrecido los mismos resultados. Plausibles han sido en Francia, principalmente respecto del interior de los edificios, los que ha dado la aplicacion de la *cera*, á semejanza y por imitacion de los griegos: no han merecido menor aplauso en Alemania las producciones de la pintura al *fresco*, ejecutadas por hábiles artistas sobre fondos perfectamente preparados, á fin de lograr una conclusion esmerada.

Pero ni uno ni otro procedimiento han igualado al del *óleo*, que ya por la duracion, ya por la facilidad y sencillez en la trasmision de las formas, ha obtenido más general y constante uso, así en la pintura histórica como en la ornamental y la religiosa. Es en efecto dicho procedimiento ménos costoso, más asequible á todas las inteligencias, pues que se vale de medios tan simples como eficaces, y contribuye en tal manera á la conservacion de los edificios, ya se aplique al exterior, ya al interior de los mismos, que si, lo que parece probable, obtiene la *arquitectura policrómata* en lo sucesivo mayor impulso, logrará sin duda total preferencia sobre el *fresco* y el *encausto*, si ya no es que se alza con el imperio general, dada la aplicacion del *hierro*, conforme dejo indicado.

No podrá sin duda sobreponérsele por estas razones la pintura en *esmalte*, y sin embargo, justo es reconocer que han sido felices los ensayos de la misma, sobre todo en el exterior de los edificios. Con ella ha competido finalmente la pintura, que tiene por base una imprimacion de lava, sobrepuesta á los miembros arquitectónicos, ofreciendo en verdad notables ventajas. Resistiendo de igual modo al agua que al fuego, permanece incólume á toda influencia atmosférica; es poco susceptible de mancharse, merced á la tersura de su su-

perficie, y puede, por último, ser lavada con ácidos fuertes, sin que admita descomposicion alguna. A estas condiciones, verdaderamente monumentales, reúne las muy estimadas de su fácil aplicacion y de su aptitud para todo linaje de asuntos.

Hé aqui pues, Señores Académicos, los procedimientos que en las más cultas naciones de Europa se ensayan cada dia, no sólo por lo que respecta á la pintura mural, sino tambien por lo que toca á la *decoracion arquitectónica*, en cuanto se refiere á las construcciones de piedra, ladrillo, etc., y ya en órden á la esfera civil, ya á la religiosa. Dicho se está por lo que mira á la aplicacion del hierro que, reconocida su especial naturaleza, ninguno de los referidos sistemas, á excepcion de la pintura al *óleo*, puede ofrecer plausibles resultados. El indicado procedimiento es sin embargo suficiente para llenar todos los fines y exigencias de la nueva construccion, prestándole además eficazísimo medio de conservacion y embellecimiento. Pedestales, zócalos, columnas, frisos, cimbras, entablamentos, molduras y remates, moldeados convenientemente, pueden recibir los colores *al óleo* más apropiado para completar la decoracion, contribuyendo á dar rico y extraordinario aspecto al edificio.

---

Llego, Señores, al término de mi trabajo, guiado más bien por vuestra docta benevolencia que animado de mis propias fuerzas. He desenvuelto, con el temor de quien recela caer en error y con el respeto que vuestra presencia me inspira, la tesis anunciada, poniendo ante vuestra ilustrada consideracion, así la historia de las controversias arqueológicas, á que ha dado lugar el descubrimiento de la *decoracion policromata*, como las observaciones técnicas deducidas por mí del exámen de los monumentos helénicos. Expuesto el fruto de mis personales investigaciones, he osado tambien indicaros lo que pienso sobre el uso de la pintura, con aplicacion á las construcciones modernas.

Temeridad reprehensible podrá haberos parecido cuanto en este concepto dejo asentado: acaso carecerán mis indicaciones de aquella claridad y solidez, que llevan al ánimo la persuasión ó el convencimiento. Pero al no disimularos este natural temor, me será permitido añadir que sólo me ha movido el buen deseo. Debía comparecer ante vosotros en este solemne acto no indigno de vuestra benévola elección, y no he querido presentarme con las manos vacías en tan respectable Santuario del arte. Vosotros, que sois sus más nobles sacerdotes, perdonareis generosos el que no corresponda la ofrenda á lo que se os debe de justicia; y usando ahora, como siempre, de oficio de maestros, me concedereis la honra de corregir mis errores. Vosotros comenzásteis la obra: no me negueis en este momento la ambicionada merced de coronarla por su cima.

HE DICHO.

## DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS,

EN CONTESTACION AL ANTERIOR.

---

SEÑORES: Acabais de oír de boca de vuestro elegido lo que significa y vale para él esta festividad académica, que debe no sin razon ser considerada cual término y corona de afortunados estudios y de no desdeñados merecimientos. Testimonio insigne de aquella invencible vocacion, que le llamó al cultivo del arte desde el seno de las escuelas eclesiásticas, y muestra no menos gallarda de su actividad é infatigable constancia, os ha ofrecido sin duda en el excelente discurso, á que tengo la honra de contestar en vuestro nombre; y nadie podria negarle con justicia el merecido galardón de estas singulares virtudes, principio y alma á la continua de las más graúadas empresas, fundamento siempre y segura esperanza de colmado éxito.

Ni os dá por cierto menor prueba de la solicitud y perseverancia, que en él habeis premiado generosos, con traerme hoy á este sitio para cumplir vuestro mandato. Porque no solamente me retraia de aceptar la honra que me confiábais, el doloroso estado de mi salud, que nuevamente combatida por pertinaz dolencia, me inhabilitaba para todo trabajo que pidiera meditacion y estudio, sino que teniendo en cuenta lo peregrino de la materia por él escogitada y la superioridad que le daba el conocimiento práctico de los monumentos, y reparando en la perspicuidad y brillantez que habia sabido comunicar á sus razonamientos y á su estilo, sentia desfallecer mis ya cansadas fuerzas, dominado por el legitimo temor de quien,

medida la distancia, abriga la triste conviccion de que no ha de alcanzar la ambicionada meta.

Y sin embargo, Señores, vencido de esa indefinible fuerza, con que el nuevo Académico violenta dulcemente y avasalla las voluntades, allanando los mayores obstáculos, he echado al fin sobre mis enflaquecidos hombros el grave compromiso de llevar vuestra voz en este dia, con visible riesgo de dejar defraudada vuestra esperanza, y puesto en notoria contingencia el concepto que de mi pobre capacidad teniais formado. Sin aquella preparacion que exige de suyo este linaje de investigaciones critico-arqueológicas; sin aquel lleno de maduros conocimientos, de que dispone á cualquier hora quien tiene anticipados especiales estudios; sin aquella indispensable aptitud de quien, libre de toda dolencia corporal, siente el ánimo y la inteligencia dispuestos á la contemplacion de los fenómenos artisticos, que tienen realizacion en el tiempo y en el espacio, comparezco, pues, á vuestro llamamiento para fijar un punto mi vacilante mirada en el bello cuadro, trazado con tanta discrecion como lozania por el activo explorador de las majestuosas ruinas de Agrigento y de Segesta.

Ya lo habeis oido: al adoptar por tesis de su discurso la *aplicacion de los colores á la arquitectura griega*, bajo el especial concepto de la decoracion, no solamente ha logrado presentaros de mano maestra el proceso de las controversias sostenidas por los más ilustres arquitectos y arqueólogos sobre la existencia de la *pintura policrómata* en los monumentos helénicos, sino que, exponiendo á vuestra vista el plausible resultado de sus propios estudios, verificados en los antiguos templos de Sicilia, os ha ofrecido nueva y eficazísima confirmacion de aquel hecho, por largos siglos ignorado en la historia del arte. La arquitectura, perfeccionada por los nobles esfuerzos de Methágenes y Demetrio, Ictino y Philon, Cossuthio y Peonio, y levantada á su mayor alteza bajo los auspicios de Pericles, tuvo por complemento tan peregrina decoracion, destinada sin duda á sublimar su belleza: las discretas y luminosas investigaciones artístico-arqueológicas de Hittorf y de Semper, de Kugler y de Bodwell, de Bracebridge y de Dufoury, han alcanzado, por tanto, la fuerza y el

valor de una demostración histórica. Hé aquí las dos principales conclusiones obtenidas en su notable discurso por el nuevo Académico, cuyas certeras é inteligentes miradas se han fijado exclusivamente, durante la edad clásica, en las regiones donde arraiga y florece la civilización helénica.

El resultado del estudio ajeno y de la propia investigación es concluyente; pero esa misma certidumbre, una y otra vez comprobada por el exámen de los monumentos del Ática, de la Magna-Grecia y de Sicilia, está sin duda convidando á buscar en más ancha esfera las generales relaciones, que bajo el punto especial de *la decoración pictórica* ofrece la arquitectura griega con la arquitectura de los demás pueblos, fecundándose en tal manera, así la especulación histórica como la enseñanza estética, doble y armónico fin de este linaje de investigaciones.

Porque justo es reconocerlo en este sitio: *la ornamentación poli-crómata* de la arquitectura, ya tenga simplemente un valor artístico, ya entrafne, como apunta no sin razón vuestro elegido, una significación simbólico-religiosa, ni se limita al arte de Ctesifon y de Pisistrato, ni tiene su origen y nacimiento en el suelo de Grecia. Aplicada por todos los pueblos desde la misma cuna de la humana cultura y en el estado más rudimental y embrionario del arte, lleva siempre en sí el sello de una sociedad primitiva, y da muestras de gozar el raro privilegio de reaparecer constantemente, ora en los supremos instantes, en que una nueva arquitectura viene á revelar la existencia, y acaso el predominio de una nueva civilización, ora en los pavorosos días, en que se derrumban y desaparecen, al impulso de peregrinas ideas ó bajo el peso de prematura caducidad los más grandes imperios.

Abrid, sino, el libro de la historia: acompañad en sus laboriosas exploraciones, que han descubierto á la contemplación de los discretos un mundo desconocido, á los más renombrados geólogos de nuestros días. Donde quiera que la raza humana, saliendo de los tenebrosos antros, en que se hermanaba con las fieras, empieza á dar señales de cultura, hace ingénuo alarde de poseer los colores, con

que le brinda á cada paso la naturaleza, empleándolos, primero en la exornacion de sus personas, despues en el rudo, pero intencional ornato de sus moradas. La diversidad y antagonismo de unas y otras tribus, que dan nacimiento á sangrientas y tenaces luchas; la regocijada ostentacion del triunfo, que ensancha el territorio de los vencedores, mientras lauza á los vencidos en busca de más tranquilo asiento; la posesion sucesiva de pieles, plumas, tejidos y metales, no ménos que el uso de la madera, el hueso, el marfil, el cuerno y la arcilla; en una palabra, todo lo que podia contribuir al acrecentamiento del naciente poderío del hombre, todo lo que halagaba individual ó colectivamente sus instintos de imitacion y su indefinido anhelo de progreso, vino á reflejarse con extraordinarias creces en aquella suerte de ornamentacion, que recibe desde luego cierto valor alegórico, cobrando á poco andar verdadera significacion simbólica.

Proseguid, lejanos ya de esas primeras edades del hombre, en que pululan todos los gérmenes de su ulterior cultura, el exámen de su historia. El Oriente, que por ley providencial fué su cuna, lo fué tambien de todo elemento de civilizacion, en virtud de esa misma ley, que le daba entera prioridad sobre todas las regiones del globo. Las tribus, antes asentadas á las márgenes de los lagos, orillas de los rios, ó en el fondo de los valles, se agrupan allí en grandes poblaciones; á las chozas rudamente armadas sobre troncos ó palmeras y diseminadas en dilatados territorios, succede el concertado conjunto de construcciones, donde comienza el arte á mostrar sus conquistas, dando inequívoco testimonio del prodigioso desarrollo de tan floreciente cultura; millares de ciudades se elevan como por encanto en aquellas feracisimas comarcas, y en sus soberbias torres y fortisimas murallas, en sus magestuosos templos y magníficos palacios, pregonan la grandeza y poderío de sus fundadores. El hombre ha logrado ya echar los cimientos á dilatados y temidos imperios, y las ciudades, donde ha puesto su trono, se llaman Ninive y Babilonia.

Penetrad ahora en medio de las tristes y magestuosas ruinas de

aquellos famosísimos emporios, que desafiaron altaneros el poder divino. Contrastando con la sencillez y ruda inexperiencia de una construcción todavía primitiva, contemplaréis los despedazados muros de sus famosos templos y palacios, ora incrustados de vistosos nácares y piedras preciosas, ora cubiertos de delgadas tablas de bellísimos mármoles, ora, en fin, enriquecidos de frisos y relieves, cuyas misteriosas representaciones encierran donde quiera una significación simbólico-religiosa. Fijad también la vista en sus titánicas torres y dobladas murallas, que parecían desafiar la saña de los siglos, levantándose en torno á la ciudad, como inmensas moles de piedra. Cuántos objetos constituyen la decoración arquitectónica en templos y palacios; cuántas representaciones forman en torres y murallas la gran crónica de piedra de aquellos imperios, asombro y gloria del Oriente, resplandecían al brillo de purísimos colores; y reyes, sacerdotes, génius alados, carros, caballos, flores simbólicas, lazos y trenzas cabalísticas, inscripciones cuneiformes, todo pregonaba en unos y otros monumentos que aquel instinto decorativo, iniciado en las humildes chozas de las tribus primitivas, había subido á extraordinaria altura, supliendo con el externo esplendor, que daba á las obras del arte, su verdadera belleza.

Tan deslumbrador ejemplo, que seduce y avasalla los sentidos, hallaba en otros imperios, no ménos renombrados, insignes imitadores. Las dilatadas y felices regiones de la Persia, que emulan la grandeza y fausto de Nínive y de Babilonia, reciben de ellas ó miran tal vez derivarse de análogas fuentes aquella decoración peregrina; y cuando á la voz de los afortunados príncipes que levantan su poderío sobre los demás pueblos del Oriente, se elevan donde quiera populosas ciudades, esplende en ellas el aparato de los colores, revelando sus torres y chapiteles, alcázares y templos aquella extraordinaria opulencia, que excita un día la admiración de las vencedoras huestes de Alejandro. Las melancólicas ruinas de Persépolis, que ocupan el vasto perímetro de treinta y dos kilómetros, mostrando con la grandeza de sus fundadores, la existencia de un arte, llamado á renacer de sus propias cenizas, dicen todavía al experto ar-

queólogo hasta qué punto llegó en la arquitectura persa la aplicación de la *pintura policrómata*.

Pero donde alcanza total predominio esta singular ornamentación, echando tan profundas raíces que ha logrado trasmitirse hasta nuestros días, es en el privilegiado suelo de Egipto. Recordad, Señores Académicos, la maravillosa historia de aquel pueblo, destinado por la Providencia á recibir, fecundar y trasmitir á las naciones de Europa las portentosas conquistas logradas por la civilización en las más apartadas regiones del Oriente. Traed á la memoria sus colosales empresas, sus prodigiosos descubrimientos, sus inmortales construcciones.—La Thebáida, la Ethiopía, la Nubia, le abren sus entrañas para ministrarle indestructibles pórfidos y fortísimos granitos: al impulso de su atrevido ingenio se elevan en los aires, para vencer el imperio de futuras edades, inmensas pirámides y obeliscos: Thébas, Mémphis, Dendera, Merne, y cuantas ciudades tienen su asiento en el Delta del Nilo, se pueblan de templos, palacios y laberintos, que hacen ostentosa gala de todos los tesoros del arte; los numerosos lagos que fecundan su suelo, son aprisionados por fuertes diques, llevándose tras sí la admiración de las gentes las gigantes cas obras que enriquecen el renombrado Méris. Pues bien, Señores: casi todas aquellas fábricas, para cuyo brillo parecían bastar la grandeza de la idea que les daba vida, y la riqueza de los materiales que les imprimía el sello de majestuosa perpetuidad, aparecían interior y exteriormente exornadas de los más vivos colores, pagando en tal manera el arte egipcio señalado tributo, ora á la tradición oriental que habia recibido en su seno, ora al instinto decorativo, que hemos visto nacer en las tribus primitivas.

Y si al mostrarse por primera vez esta aplicación de los colores al arte de edificar, se habia revelado ya en un sentido alegórico; si al lograr los primeros títulos de gloria, habia trocado dicho arte, respecto de tal linaje de pintura, la alegoría por el símbolo, en ninguna parte alcanzó éste más alta y duradera significación que en los monumentos de Egipto. Columnas, capiteles, frisos, muros, techumbres... todos los miembros arquitectónicos expresaban, ya

por los medios de la diversidad y ordenada disposicion de los colores, ya por medio de representaciones tomadas de los reinos animal y vegetal, ora por la imitacion de los astros que pueblan el firmamento, ora por la reproduccion geográfica del globo, ora, en fin, por la intencionada y sistemática exposicion de los geroglíficos, así los preceptos de la religion y la moral, como las enseñanzas de la historia, trasmitiéndolas de edad en edad, con admiracion y aplauso de las generaciones.

Permitidme, al llegar á este punto, que no me detenga á manifestaros cómo esta gran civilizacion, así representada por la arquitectura, sorprende y despierta con su maravillosa grandeza el génio de la civilizacion helénica. Ofensa fuera de vuestra ilustracion el intentar lo, por lo que respecta á la historia del arte; y fácilmente se reconocerá, dadas la prioridad y general influencia universalmente confesadas, el natural camino por donde llega al suelo de Atenas la *pintura arquitectónica*. Sobre probaros histórica y prácticamente su existencia el nuevo Académico, á quien hoy concedéis asiento entre vosotros, os ha expuesto con tanta lucidez como oportunidad, no sólo el sistema general de su aplicacion, sino tambien el procedimiento artístico-industrial empleado por los griegos.

Lícito me será por tanto, no fatigar vuestra benévola atencion con nuevas consideraciones al propósito, bastando cuanto habeis oído para persuadiros de que, al ser recibida la *pintura ornamental* por los artistas helénicos, traia el primitivo sello de las civilizaciones orientales, no siendo en consecuencia fruto espontáneo de aquella antropomórfica cultura. Obtenida esta racional y legitima consecuencia, consentid, os ruego, que prosiga mi empezado razonamiento para demostraros cómo, sin olvidar su origen, reaparece la decoracion pictórica de la arquitectura en los supremos momentos, en que se renuevan las ideas y las sociedades.

Dos hechos capitales en la historia, bastarán sin duda al expresado intento, á saber: el triunfo del cristianismo, que cambia la faz del antiguo mundo, y la victoriosa predicacion del Koran, que produce en la Edad media honda perturbacion, invadiendo al par el Asia,

el África y la Europa. Como nos dice la simple enunciacion, uno y otro hecho tienen su raíz en el Oriente, circunstancia de gran peso y autoridad en la investigacion, que voy sometiendo á vuestro docto criterio.

No fué por cierto el triunfo del cristianismo obra de un solo dia. Llamada á sostener contra los errores y el poderio de la gentilidad una lucha de siglos, fecundada y santificada en Oriente y Occidente por la sangre de los mártires, venia aquella salvadora doctrina á infundir nuevo aliento, guiándolos por desusados senderos, á todos los elementos de civilizacion, laboriosamente atesorados por el politeísmo. Las ciencias, las letras y las artes, que se orgullecian con los preclaros nombres de Platon y Séneca, Demóstenes y Ciceron, Homero y Virgilio, Fidias y Apolodoro, purificándose en el crisol del Evangelio, nacia á nueva vida bajo las fecundantes alas del génio del cristianismo; y cuando aplacada la cruenta saña de los Césares y vencida una y otra vez la calumnia por la inspirada elocuencia de los Padres, se levantaba la poesía cristiana sobre las ruinas del Olimpo, para entonar, por boca de Yuvenco y de Prudencio, el himno de la libertad humana, salian tambien las bellas artes del oscuro recinto de las catacumbas, para mostrar á las generaciones que en medio de la horrible persecucion, que infamaba la púrpura de los Neronos y Dioclecianos, habian realizado grandes y trascendentales conquistas.

Ni se limitaron estas al Occidente. Flavio Valerio Constantino, primero de los Césares, que renunciando á Satanás, sus pompas, sus obras y sus idolos, abraza el sagrado signo del Gólgota, pone en la antigua Bizancio la silla de su imperio, y Roma no es ya sola la señora del mundo. Tributario antes el Oriente de la Ciudad Eterna, habiala deslumbrado con el aparato de sus riquezas, no ménos que con la sorprendente magnificencia de sus artes: llamada ahora la ciudad de Constantino á emular la magestad romana, ennobleciase con nuevas y suntuosas fábricas, donde animadas del nuevo espíritu, resplandecian al par las tradicionales bellezas del arte helénico y las maravillas orientales.

Roma y Bizancio decían, pues, al orbe que el genio del cristianismo había sometido á su imperio las artes de Oriente y de Occidente; y los más insignes monumentos, debidos á esta primera edad de la arquitectura cristiana, ostentaban el sello de aquellas civilizaciones, que en Nínive y Babilonia, Persépolis y Thébas, habian hecho fastuoso alarde de la *decoracion pictórica*. Recordad, en prueba de este aserto, el renombrado templo de *Santa Sofía*, levantado en Bizancio por la piedad de Santa Helena: contemplad la noble *Basilica de San Pablo*, erigida en Roma por devocion del gran Teodosio. Admiracion hoy de artistas y arqueólogos, causó el primero, al ser construido, verdadero asombro, no tanto por la peregrina riqueza de sus formas, como por la inmensa variedad de sus vivísimos colores: víctima la segunda de la veleidat de los siglos, despertó en la misma Roma el entusiasmo de la musa cristiana, que animando la lira de Prudencio Clemente, presentaba á las generaciones futuras la *Basilica de San Pablo*, como los prados que brillan con las flores primaverales:

*Sic prata vernis floribus renident.*

Y esta riqueza ornamental, que se parecia al propio tiempo en muros y techumbres, cimbrías y entablamentos, columnas y capiteles, valiéndose en armonioso concierto así de la pintura y el mosaico, como del vidrio y de las piedras preciosas, se propagaba de una en otra edad, dentro del arte cristiano, para caracterizar sus diversas manifestaciones, conservando en tal manera aquella primitiva marca, que le proclamaba hijo al par del Oriente y del Occidente.

No he menester sin duda molestaros para traer á vuestro ánimo el convencimiento de estas sencillas verdades. Tratándose de la historia del arte ¿quién como vosotros podrá reconocer y quilatar en las varias transformaciones, que experimenta durante la Edad-media, los peculiares caracteres, las modificaciones sucesivas que ofrece la *decoracion pictórica*. Ya reciba, en virtud del enunciado consorcio de los elementos que la constituyen, el nombre de *latino-bizantino*; ya

se distinga, al reflejar la reaccion que se opera en las regiones de Occidente, cumplido el pavoroso año de 1,000, con título de *románico*; ora, al iniciarse en las más altas esferas de la civilizacion el prodigioso movimiento que se personifica en el siglo XIII, tome el apellido de *ogival*; ora, en fin, triunfante ya el *Renacimiento* clásico, aspire á ser designado bajo las denominaciones de *greco-romano* y *plateresco*, en todos estos momentos solemnes de su vida y bajo todas estas distintas fases, emplea el arte cristiano y hace no escasa muestra de la *pintura ornamental*, trasmitiéndola en vario concepto á nuestros dias.

Volved ahora, Señores Académicos, vuestras discretas miradas al segundo hecho, que he tenido la honra de enunciaros. Al comenzar del siglo VII, un hombre dotado de superior talento y de ambicion sin límites, predica en el centro del Asia un nuevo dogma religioso, y á su voz se conmueven los pueblos, lanzándose á la conquista de la tierra. Persia, Mesopotamia, Siria, Egipto y las regiones que formaban el Asia-Menor, caen bajo el yugo de aquellos fanáticos sectarios, que ponian el éxito de su predicacion en el filo de su espada. El ímpetu irresistible de su esfuerzo los trae á las puertas de Bizancio, cuyos Césares, poseidos de terror, afrontan la púrpura de Constantino, comprando una paz vergonzosa, á costa de la integridad de su Imperio. Tal es el espectáculo que ofrecen á la asombrada cristianidad los primeros momentos de la predicacion del Koran, realizada por Mahoma y sus Califas.

Vosotros sabeis perfectamente cómo, despues de aquella aterradora irrupcion, que se caracteriza en la barbárie de Omar ante la biblioteca de Alejandria, se inicia el pueblo mahometano en las artes de la paz, aspirando á poseer las ciencias del antiguo mundo. Jóven, entusiasta, apasionado de lo grande y halagado por su inmensa fortuna, se inflama su generoso espíritu á la contemplacion de tantas maravillas como encierran aún las comarcas que señorea; y estimulado al propio tiempo por la gloria de los Pharaones y de los Sassánidas, de los Pericles y de los Justinianos, representada en cien y cien preciados monumentos, aspira con noble emulacion á poseerla.

Las mezquitas consagradas al Dios, que le habia guiado en sus triunfales expediciones; los alcázares, donde ostentaban sus Califas, con los trofeos de sus victorias, inusitada pompa y magnificencia; los palacios, levantados en el Kairo y en Bagdad para morada y honra de los sábios; dieron en breve claro testimonio de que aquella naciente y poderosa cultura habia encontrado adecuada interpretacion en el arte.

Deteneos un instante á reconocer las leyes á que se sujeta, en órden á la investigacion que voy sometiendo á vuestro juicio. Tenia el pueblo de Mahoma delante de sí el ejemplo de todas las naciones del Oriente, que habian aspirado á enriquecer sus monumentos con la *ornamentacion pictórica*: las antiguas construcciones helénicas, que ennoblecian el Asia Menor, y las basilicas bizantinas erigidas en las provincias, dominadas ya por el Islam, excitaban con la brillantez y variedad de los colores su anhelo de emulacion y de grandeza. El resultado no podia ser dudoso, conocida tambien la natural predileccion, que en su primitivo asiento habia mostrado el pueblo árabe á la *pintura ornamental*; y la arquitectura que bajo el imperio de los Yemenitas produjo ya el palacio de Gondam, llamado por antonomasia el *Alcázar de los siete colores*, adoptaba como uno de sus más preciosos y excelentes ornamentos aquella *decoracion*, que acaudalada de dia en dia, se trasmite á las más lejanas edades, floreciendo tal vez con mayor brillo en las regiones de Occidente. Díganlo sino, en nuestro propio suelo, la gran mezquita de Córdoba y la Alhambra de Granada, construcciones debidas genuinamente y en diversas épocas al arte mahometano, y hablen en igual concepto los monumentos mudejares, que en Córdoba y en Sevilla, Toledo y Guadalajara, Zaragoza y Segovia, revelan con muda elocuencia el peregrino maridaje, operado durante la Edad-media entre la vencida civilizacion arábiga y la civilizacion española.

Señores: Os he demostrado históricamente la doble proposicion que osé presentar á vuestra consideracion, para completar en cierto modo el estudio realizado por el nuevo Académico. El resultado que se desprende de las observaciones y de los hechos que acabo de ex-

poneros, es innegable: la *ornamentacion policrómata*, sobre no ser carácter exclusivo de la arquitectura griega, atestigua en ella la indirecta y no intencional influencia de las primitivas civilizaciones orientales, y considerada bajo esta relacion histórica, contradice virtualmente el genio de la cultura helénica, que, distante en gran manera del simbolismo indico, funda los altos títulos de su gloria en la exaltacion total de la idea humana. Ni excede tan aplaudida *ornamentacion*, estéticamente examinada, de la esfera de los accidentes externos, pudiendo asegurarse por lo que atañe al arte griego, que si no es del todo contraria á los fines que éste realiza, añade pocos, y no muy subidos quilates, á las bellezas que lo avalloran.

Concededme un momento para exponeros algunas reflexiones sobre ambos extremos, pues que ni fuera cumplidero á los fines de esta Real Academia el ver indiferente cuestiones de tal importancia artística, ni seria honroso en mí hurtar el cuerpo á las dificultades que ofrezca esta disquisicion, una vez enunciada.

Que es la *decoracion policrómata* en toda arquitectura, y muy principalmente en la griega, un mero accidente externo, por más que viva en la tradicion desde los tiempos primitivos y revele cierta intencionalidad y magnificencia, pruébalo con entera eficacia la sencilla, bien que fundamental, consideracion de que ni afecta á la concepcion de los monumentos, ni altera el orden de su disposicion, dado el fin útil de los mismos, ni se relaciona con su construccion, ni determina por último sus formas. Recibela, en efecto, la creacion arquitectónica, cuando concluida ya la fábrica, se ha mostrado en ella la belleza que este noble arte realiza, lograda la más íntima realizacion entre la idea generadora y las peculiares formas que revista; y se concibe fácilmente, reconocida la exactitud de esta observacion, que pudiera darse un monumento bello en su concepcion y ajustado en su ejecucion á todas las leyes del arte, afeado por una *decoracion pictórica* desdichada é impertinente. Ni seria tampoco caso irrealizable, antes bien harto fácil y de repeticion frecuente, el hecho contrario, cubriendo la brillantez de los colores la deformidad

de una construcción desafortunada ó de una concepción infeliz é indigna de todo aplauso.

Y no se repita, para desvirtuar estas legítimas consideraciones, el conocido principio estético de que todo artista concibe con integridad y unidad perfecta las obras que ejecuta, aplicando tan luminoso cánón, en la relación que dejó establecida, á la arquitectura helénica. Sobre quedar ya históricamente comprobado que no es originaria, privativa é inherente á esta arquitectura la *decoración policrómata*, no debiendo por tanto existir, como elemento necesario, en la mente del arquitecto, al imaginar estas sus creaciones, habla muy alto el hecho lamentado en verdad por los arqueólogos y muy significativo para los estéticos, de haber excitado los monumentos griegos la admiración de largos siglos, produciendo con su imitación la edad gloriosa del *Renacimiento* clásico, sin que nadie echara en ellos de ménos la decoración expresada.

La verdadera belleza de la arquitectura griega, lo que le ha conquistado el constante aplauso de los doctos, lo que le asegura el centro del buen gusto para lo porvenir, no estriba por cierto en la armónica ó abigarrada distribución de los colores, que ábrillantaron un día sus miembros decorativos. Presupuesta la gran representación de aquel arte, creado para unir en un solo Olimpo los dioses, los semidioses y los héroes, en que se cumple la idealización humana de todas las fuerzas de la naturaleza y del espíritu, resplandecen sus inmortales producciones por la sencilla majestad de la concepción; por la adecuada disposición de sus partes, armónica y proporcionadamente combinadas entre sí y con el conjunto; por la severidad, grandiosidad y pureza de las líneas generales, y por la variedad, atinencia y gracia de los ornatos, que constituyendo una decoración rica y siempre propia, comunican extraordinaria vida al monumento.

Hé aquí, Señores Académicos, las no agotadas fuentes de tantas bellezas como crearon los artistas griegos, al concebir y ejecutar las fábricas arquitectónicas, que han llamado en este día la atención de vuestro elegido. Despojadlas de estas virtudes intrínsecas y extrín-

secas, que establecen la más estrecha relacion entre la idea y la forma, y vereis desaparecer á un tiempo su unidad y su variedad, destruida su integridad y anulada en consecuencia toda su belleza. Por eso, cuando examinamos las restauraciones *poli cromatas* ensayadas en los templos griegos, no puede ménos de causarnos verdadera repugnancia el notar que la propuesta ordenacion de los colores, desentornando unas veces el conjunto, contradice otras y aun destruye la serenidad de las líneas generales, ahogando otras, en fin, bajo el resplandor de vivisimas tintas, la esmerada y feliz ejecucion de una decoracion vária y de suyo enteramente bella. Ni se olvide tampoco que bajo el aparato cromático quedan de continuo sepultadas las perfecciones de la construccion, parte principalísima y fuente de no despreciables bellezas en toda obra arquitectónica.

Parece pues evidente que, demás de ser lá *decoracion poli cromata* en la arquitectura helénica un accidente externo, que reconoce su origen en extrañas y primitivas civilizaciones, no constituye en ella una parte integrante y necesaria para su existencia, ni contribuye siquiera á caracterizarla, oscureciendo á veces sus más preciadas bellezas.

Este resultado, debido al exámen estético de los monumentos, explica naturalmente la oposicion que mostraron los más doctos cultivadores del arte y de la critica, en los últimos dias del pasado siglo y en los primeros del presente, á reconocer la existencia de la *ornamentacion poli cromata* en la arquitectura griega. Como ha indicado el nuevo Académico, no comprendieron que debiera cifrarse en un simple accidente, hasta aquella sazon desconocido, la belleza de las construccion es que habían despertado la universal admiracion, careciendo de tal ornato; y dominados de este convencimiento, cerraron los ojos á la novedad, declarándola peligrosa para la enseñanza. No es de imitar su ejemplo, en cuanto se refiere á la investigacion histórica, traída ya á tal punto de ilustracion, que fuera temeridad toda duda.

Mas cabiéndome hoy la inmerecida honra de llevar la voz, en nombre de la Real Academia, que tiene por instituto, así el cultivo

de la historia como el de la teoría de las bellas artes, fuera en mi harto reprehensible el no levantar la mira á las altas regiones de la estética y de la crítica, para mostrar desde este sitio el verdadero camino de la especulación artística, por lo que respecta á la arquitectura, evitando al par todo riesgo de error sobre la manera de sentir y de apreciar la belleza, que inmortaliza al arte helénico. Bajo estas relaciones fundamentales y grandemente trascendentales á la enseñanza, justo me parece y no falta de oportunidad el dejar aquí consignado que merece discreto correctivo el entusiasmo de los que han atribuido al empleo de los colores en los monumentos del Ática y de Sicilia, excesiva importancia respecto de la realización de la belleza; correctivo que felizmente no se ha hecho esperar en las más renombradas escuelas artísticas de toda Europa. La *ornamentacion policromata* logra en verdad, segun os ha manifestado el nuevo compañero, no exigua aplicacion á la arquitectura de nuestros dias, en las más cultas ciudades de Alemania y de Francia, de Italia y de Inglaterra; pero esta aplicacion, que nace en general de accidentes locales, si habrá sin duda de recibir mayores creces con el uso de los nuevos materiales de construccion, que van alzándose con el dominio de la arquitectura, jamás alcanzará por si el raro privilegio de caracterizar las producciones de esta bella arte, ministerio y último fin encomendado en todos los tiempos y civilizaciones á la verdadera concepcion estética de los monumentos arquitectónicos.

Acabo de exponeros, Señores Académicos, las observaciones, á que en doble concepto me convidaba con su bien meditado discurso vuestro elegido, procurando llenar, en cuanto lo han consentido mis apocadas fuerzas, los altos fines de estas festividades artísticas. Presuncion mal nacida fuera en mi el suponer por un solo momento que he logrado presentaros tan dignamente cual mereceis, al saludar por vez primera en este recinto al nuevo Académico, osando departir con él en materia que le era tan familiar cuanto á mí peregrina. Mas si no he podido dar á mis palabras la autoridad, que nace siempre del acierto y de la claridad de la doctrina; si os he fati-

gado inútilmente, reparad, Señores, en que he venido aquí más bien á la ley de obediente que de perito, y no olvidéis la no satisfactoria situación en que lo ejecuto.—Todo el que acomete una empresa, anhela vivamente darle cumplida cima: empresas hay sin embargo, respecto de las cuales puede con razon repetirse, con un preclaro poeta de nuestros dias:

*El atreverse solo es heroismo.*

HE DICHO.